

Se me acabó la batería. O eso pensé en aquel momento. Me extrañó, había salido de casa con sesenta por ciento, aun así, no le di importancia. Ojalá lo hubiese hecho. Ojalá hubiese reparado en cada pequeña cosa fuera de lugar en aquel sitio. Tal vez entonces la historia habría sido distinta. O mejor aún, no tendría una historia que contar. Estos pensamientos siempre acaban consumiéndome, pero, al fin y al cabo, lo que pasó pasó; así que intentaré no irme por las ramas y contar mi historia, bueno, nuestra historia, tal y como pasó.

El teatro era inmenso. Zia y yo habíamos entrado en completo silencio, sobrecogidas por la belleza que albergaba la destrucción de aquel lugar.

—Es increíble —dijo Zia, encaminándose al escenario. Yo me mantuve donde estaba, mi mirada divagando por la estancia. Tenía una belleza cautivadora. Las paredes, aunque cayéndose a pedazos, estaban decoradas con preciosos ornamentos. En el techo, encima del escenario, se había abierto un boquete por el que se colaba la luz de la luna. Tal era el efecto que creaba en la estancia que prefiero recordarlo como un tragaluz. Las butacas, aunque destrozadas, aún conservaban el terciopelo que las recubría, dándole el punto de elegancia que requería un teatro de ese calibre.

Me senté en una de ellas y fijé mi mirada en Zia. Se encontraba de pie frente al escenario y miraba un papel que sostenía en las manos. La contemplé. Los rayos de luna que pasaban a través del “tragaluz” le iluminaban la cara. Tenía las mejillas sonrosadas y lucía una expresión de concentración mientras leía. Mirarla me transmitía calma. Esta imagen de ella es la que ha quedado grabada en mi mente. Con el tiempo el resto de recuerdos se han ido difuminando, pero mi subconsciente jamás será capaz de acabar con este.

—Iris ven, mira esto —gritó Zia desde el escenario.

Me levanté de mi asiento y me dirigí hacia ella. En sus manos había un periódico.

—Fíjate en esto, la fecha es de 1919 —me incliné sobre su hombro y comprobé que, efectivamente el periódico era de entonces. Zia sostenía el periódico mostrándome la portada. Leí el titular: “MASACRE EN EL TEATRO MARJORIE TRAS FINALIZAR LA FUNCIÓN DE MEDIANOCHE”. Noté como un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Es increíble, no crees, —dijo Zia, sus ojos brillaban con emoción —además, fíjate, la fecha exacta es la de mañana.

—¿Cómo?

—Sí, mira, lee el artículo entero.

Zia me tendió el periódico. Las manos me temblaban y por alguna razón no era capaz de centrarme en las palabras en frente de mí. Este, he llegado a la conclusión, fue el primer indicio de que algo extraordinario estaba pasando.

—Toma, léelo tú —le pedí.

Zia me lanzó una mirada de preocupación, pero aun así comenzó a leer.

—Anoche, 10 de octubre de 1919 tuvo lugar una masacre en el teatro Marjorie tras finalizar la función de medianoche. El público ya se estaba dirigiendo a la salida cuando un hombre, el cual aún no ha sido identificado, irrumpió en la sala. El individuo en cuestión portaba un arma con la que comenzó a disparar a los presentes. Cuarenta y siete personas han fallecido y otras veinte se encuentran en estado crítico, entre ellas el director de la obra. No se...

Zia se vio interrumpida por un fuerte golpe. Nos miramos, provenía de detrás del escenario. Me agarró la mano y tiró de mí para que caminásemos juntas.

El camerino estaba vacío, pero al contrario que el resto del lugar se encontraba lleno de vida. Las luces iluminaban la sala. Quizá, si hubiésemos salido de nuestro asombro habríamos reparado en que aquel edificio llevaba años abandonado y, obviamente, sin electricidad. Examiné la sala.

Desperdigadas por el suelo había prendas de ropa y lo que supuse que eran disfraces de la obra. Había más cosas por la habitación, pero todo se me olvidó cuando mi mirada se topó, otra vez, con un papel de periódico. Era tan solo una página. La alcancé y comencé a leerlo.

FUNCIÓN DE MEDIANOCHE EN EL TEATRO MARJORIE. SE REPRESENTA
LA OBRA “EPIFANÍA” DIRIGIDA POR DOROTEO IVER.

Sentí como Zia se inclinaba sobre mi hombro para alcanzar ella también a leer el anuncio. Me fijé en la fecha. Era del día anterior. Esta era la obra que representaron la noche de la masacre. Me disponía a indicárselo a Zia cuando me vi interrumpida por un fuerte golpe. Y luego otro. Y otro. Y otro.

Al cabo de un par de minutos parecía que alguien hubiese montado una fiesta en la sala principal. Nosotras estábamos congeladas. ¿Sería la policía? ¿O tal vez un grupo de amigos que, como nosotras, habían decidido aventurarse al interior del teatro? Fuera lo que fuese teníamos que salir de ahí, así que, al igual que antes, entrelazamos nuestras manos y caminamos de vuelta al patio de butacas, pero en cuanto cruzamos el umbral que daba a la sala nos quedamos paralizadas. El teatro estaba lleno.

Llevábamos una eternidad plantadas frente al escenario, compartiendo de vez en cuando una mirada de aturdimiento. Hombres y mujeres se acomodaban en sus asientos. Un hombre de traje apareció detrás nuestra.

—Sentaos ya, la obra va a empezar.

Nos guió hasta dos asientos libres. Ya en las butacas comencé a mirar a mi alrededor. Todo había cambiado. Las butacas estaban impolutas. El escenario, tapado por un telón, parecía estar entero. El techo estaba intacto. Me giré hacia Zia. Me miraba con ojos aterrados. Las luces se apagaron

—¿Qué hora es? —preguntó. Yo ya sabía a qué se refería. No me hizo falta un reloj.

—Medianoche

Se abrió el telón. La obra había comenzado.

Zia y yo mantuvimos las manos entrelazadas durante toda la obra. Me gustaría poder decir que al menos fui capaz de disfrutar de aquel fenómeno, pero no consigo recordar ni un solo personaje de la obra. A lo largo de la función; la cual en su momento pareció eterna, mas ojalá lo hubiese sido; mi mirada se dividió entre dos cosas. El techo, donde momentos antes había habido un agujero, y Zia. Ella mantuvo la vista fija en el escenario todo el tiempo. No era capaz de averiguar lo que pensaba. Su rostro no transmitía nada. Era la primera vez que la veía así. Sin expresión, sin vida. En algunos momentos temí que estuviese muerta, pero por suerte o maldición nunca llegué a verla así. No fue hasta que todo se desmoronó que Zia recobró su esencia.

Todo el mundo aplaudía. Todo el mundo menos nosotras. La obra había acabado. Yo también quería aplaudir, pero no podía. Una de mis manos se agarraba con fuerza a la butaca y la otra sujetaba a la de Zia. La gente se empezó a levantar. Nosotras no nos movimos. El público comenzó a hablar entre sí. Nosotras nos mantuvimos en silencio. Se oyó un estruendo. Todo el mundo volvió la vista. Esta vez hicimos lo mismo. La multitud que se apelotonaba en la puerta no nos permitía ver el origen del ruido. Daba igual, nosotras ya lo sabíamos. Pero ya era tarde. Se oyó un disparo. Gritos. Miré hacia arriba. Un trozo del techo se desprendió. “El tragaluz” pensé. Diez de octubre de 1919. Disparos. Tras finalizar la función de medianoche. Más gritos. La masacre había empezado.

Zia tiró de mí, haciéndonos caer a las dos con fuerza. Cogió mis manos y mirándome a los ojos dijo: “Tenemos que salir de aquí”. Asentí. Un hombre cayó al suelo a escasos metros de nosotras. Zia me hablaba, pero me era imposible oírlo por encima de los gritos. Los recuerdos se acumulaban en mi mente. Zia corriendo a la entrada del teatro nada más verlo. La batería del móvil. No se había acabado, había dejado de funcionar, no había teléfonos a principios del siglo XX. El periódico. Cuarenta y siete muertos. La gente caía a nuestro alrededor. ¿Cuánto quedaría para llegar a los cuarenta y siete? Las luces del camerino. El hombre que nos llevó a los asientos. Los rayos de luna que volvían a entrar por el tragaluz. Y Zia. Zia había dejado de gritar. La miré. Se había dado la vuelta. Me giré. Su mirada estaba fija en una figura frente a nosotras. Estaba cerca, pero no nos miraba, sino que se encontraba ligeramente girado hacia nuestra izquierda. Traté de enfocar la vista. Entonces lo vi. Era un hombre. Un hombre con una pistola.

No tardé en comprender las intenciones de mi amiga. La mujer a la que apuntaba el hombre le estaba dando la espalda. Zia volvía la vista entre los dos una y otra vez. Empezó a gritar.

—¡Cuidado! ¡Apártate!

Lo repitió cientos de veces, pero era imposible que se la escuchase por encima de los gritos del resto de gente. El hombre armado aún no nos había visto. Su pistola apuntaba indudablemente a la mujer. Iba a disparar en cualquier momento. Entonces, Zia se giró hacia mí. Le temblaban las manos.

—Te quiero —dijo, y se abalanzó sobre la mujer en el momento justo. El hombre apretó el gatillo. Yo cerré los ojos.

Cuando los abrí vi a Zia tirada en el suelo. Corrí hacia a ella. La sangre manaba de su vientre. Yo había perdido al hombre de vista, pero daba igual, él ya había encontrado otra víctima.

—¡Dios Zia, ¿estás bien?!

Ella me sonrió y evitando mi pregunta habló.

—Tienes que salir de aquí, ¿entiendes?, —le temblaba la voz —sal y encuentra a alguien, yo estaré bien.

—No, no puedo, no te voy a dejar aquí —dije entre sollozos. Las lágrimas me nublaban la vista.

—Por favor Iris, aquí no hay nada que puedas hacer, corre.

Miré la puerta, estaba despejada. La miré a ella. Estaba pálida, pero mantenía su sonrisa. Necesitaba un médico. Eso haría yo, encontraría un médico. Me arrodillé junto a ella y la besé.

—Volveré

Ella asintió y me despidió con una sonrisa.

Me gustaría poder relataros aquí mi salida triunfal, pero no soy capaz de recordar nada. En mi mente solo había algo. Bueno, alguien. Necesitaba rescatarla, pero nunca regresé. Al menos no del todo. Cuando volví con la policía no había nada. El teatro estaba igual que la primera vez. Nunca se encontró su cuerpo. Y nunca nadie me creyó. Hubo momentos en los que dudé de mi historia. Pero fue real. Todo fue real. Especialmente después de mi último descubrimiento.

En la biblioteca conseguí una copia del periódico de aquel día de 1919. Era el mismo artículo que había leído entonces. Excepto por una cosa. Habían fallecido cuarenta y ocho personas. Al final, su sacrificio no había servido para nada, pero al menos ahora sabía que todo había sido real. Habíamos cambiado la historia y ahora lo volveré a hacer. La necesito de vuelta. Recuerdo cuando estudiamos mitología en clase. Musas, ninfas, dioses. Ella era todo eso. Zia era un ser divino, resplandecía, era vida y necesito que siga siéndolo. Quienes murieron no se mantuvieron muertos en su momento y pretendo que vuelva a ocurrir. Al fin y al cabo, lo único que puedo perder es la vida y tampoco me queda mucho de eso.